

Día de Adsis 2010

En estas semanas hemos vivido todos y todas las experiencias y el drama del terremoto. Somos testigos de las consecuencias tan hirientes para muchas familias, que perdieron la casa y algunos la vida de un ser querido. Este movimiento, que ha zarandeado nuestros cimientos, ha puesto en evidencia las injusticias y desigualdades existentes en el país, así como también ha suscitado las mejores expresiones y gestos de solidaridad en la gente.

Quiero detenerme en una de esas vivencias dolorosas, como es perder la casa. Hay familias que se han quedado en la calle y que viven en carpas, otras han conseguido una mediagua y muchas tendrán que esperar a tener de nuevo su propia vivienda. Esa pérdida es muy hiriente pues se trata en muchos casos de un bien que ha costado toda una vida.

La casa es expresión de muchas vivencias: es el lugar donde uno se muestra como es, es el lugar de la acogida y del compartir, tan necesario para ser felices. La casa es ese espacio de intimidad donde se dan los encuentros más profundos y entrañables, donde se comparten dolores y alegrías y se da sentido a tantas cosas.... Donde se aprende a dar y a recibir. Por ello, perder la casa es perder algo muy importante y valioso, quedarse desprotegido y desamparado. A merced de la ayuda de personas solidarias y sensibles.

Y en estas circunstancias, ¿qué nos dice Dios? ¿Dónde está y qué hace se preguntarán algunos? Dios no es ese ser lejano que contempla impasible los acontecimientos que ocurren, sino alguien que escucha el grito y el clamor de su pueblo y que responde de la manera más asombrosa y comprometida. Nos ofrece un signo maravilloso de cercanía y solidaridad, estableciendo su casa entre nosotros, compartiéndolo todo con nosotros, para expresarnos su amor incondicional y comprometido con el mundo y la historia. Dios que se encarna y asume todo lo humano para hacerlo más divino.

La fiesta que hoy celebramos, la fiesta de La Anunciación, es uno de los encuentros más decisivos de la historia. Un encuentro que sucede en una casa, como no podría ser de otra manera. En la casa de María, cuando el ángel entró en ella para tener una conversación profunda. Pero todavía sucede algo más asombroso cuando Dios decide y pide a María entrar en una casa más íntima: la de su propio cuerpo, para pedirle ser la madre de su Hijo. Dios que se identifica tanto con nosotros, que desea vivir lo mismo que nos pasa, hacerse presente y cercano hasta lo máximo. Y para ello pide permiso a María, necesita su consentimiento.

María expresará su perplejidad preguntando ¿cómo puede ser eso....? ¿Cómo puede darse un encuentro tan profundo, tan entrañable, en el ser? ¿Cómo puede haber una conexión tan íntima y amorosa, una comunión de sentimientos y opciones tan grande?

El Ángel le dirá que no hay nada imposible para Dios... ¿Pero qué imposible? ¿Es impedir que haya terremotos...? No, se refiere a eso que para nosotros es tan imposible, como es amar incondicionalmente y ser solidarios al máximo dando la vida por los otros. Ese imposible de hacer de este mundo una casa grande en la que todos sean tratados con la misma dignidad; ese imposible de dar más importancia a los débiles y necesitados.

Ese amor tan grande de Dios impulsó la mejor respuesta humana que haya podido haber: "yo soy la servidora del Señor, que se haga en mí según tu Palabra". Una respuesta de disponibilidad plena al otro y a los otros. Ahí nació la solidaridad más grande de la historia, el encuentro más íntimo y profundo, la complicidad y la casa más abierta a todos.



En ese encuentro tan inspirador de Dios con María nace también Adsis, como esa llamada a continuar generando encuentros profundos, solidaridad verdadera y comprometida, fraternidad amplia y acogedora. Somos conscientes de que Adsis es una iniciativa del mismo Espíritu que alumbró a Jesús, y que hoy quiere seguir impulsando su presencia cercana, amorosa y fraterna a través de hombres y mujeres limitados y disponibles, frágiles y confiados. A través de jóvenes audaces y sensibles a la realidad, dispuestos a jugársela por los otros; a través de personas sencillas como María, que creen en lo imposible, en una fraternidad cada vez más verdadera y amplia, donde nadie queda al margen.

Ser para los otros, ser con los otros y ser desde dentro, desde Dios, expresa una manera de vivir la fe y el seguimiento de Jesús en la Iglesia. Este año se ha puesto el acento en el ser desde dentro, desde Dios. En la necesidad de ese diálogo íntimo y profundo dentro de nosotros mismos, pero no con nuestros egoísmos e intereses individuales, sino con esa presencia amorosa y misteriosa de Dios, que nos necesita y nos busca para seguir impulsando su sueño de vida y esperanza para el mundo, su sueño de justicia y paz para todos. Como con María, también quiere establecer un diálogo con cada uno/a para generar una confianza y una respuesta de entrega plena: aquí estoy para lo que necesites... aquí estoy para ser con los otros y para los otros. Aquí estoy dispuesto/a a construir fraternidad...

¿Qué puede revertir la historia y hacerla esa casa acogedora y entrañable donde todos podamos vivir como hermanos? Sólo una respuesta distinta a los prejuicios de siempre, a los intereses de turno, al orden o desorden establecido, al desamor naturalizado; sólo una respuesta disponible al amor de Dios que actúa desde dentro de las personas, desde dentro de la historia.

Pidamos a María, la mujer sencilla y humilde que respondió tan amorosa y solidariamente a favor de Dios y de los desfavorecidos, que nos enseñe a vivir desde Dios y desde dentro de la realidad, de manera que nuestra respuesta sea también cada vez más plena y disponible a la llamada de Dios.

Fermín Marrodán
Santiago de Chile, 2010